

HISTORIA JENERAL
DE CHILE

POR

DIEGO BARROS ARANA

TOMO XIII

SANTIAGO
RAFAEL JOVER, EDITOR

CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 73

—
1894

CAPÍTULO PRIMERO

CAMPAÑA DEL SUR; TRIUNFOS I DESASTRES DE LOS REALISTAS

(SEPTIEMBRE DE 1820—MAYO DE 1821)

1. Carácter alarmante que toma la guerra del sur: derrota de las fuerzas patriotas en Yumbel i en el Pangal.—2. Combate de Tarpellanca: horrible matanza que se siguió al triunfo de los realistas.—3. Freire se repliega a Talcahuano con todas sus fuerzas, i Benavides ocupa a Concepcion considerándose dueño de toda la provincia.—4. Los patriotas abandonan a Chillan, que fué ocupada i saqueada por los montoneros enemigos: alarma producida en Santiago por la noticia de los desastres del sur: organizase una division bajo el mando del coronel Prieto.—5. Combates de las Vegas de Talcahuano i de la Alameda de Concepcion: los patriotas destrozan el ejército de Benavides i recuperan la mayor parte de la provincia.—6. Los realistas sufren otro desastre a las orillas del Nuble: los patriotas no aprovechan las ventajas de esa situacion, i se dejan engañar por las falsas proposiciones de paz que hace Benavides.—7. Devastaciones perpetradas por los realistas en los pueblos de la alta frontera: avanzan sobre Chillan i son rechazados por la division del coronel Prieto: consigue este jefe tranquilizar esta parte de la provincia.—8. Infructuosa campaña del jeneral Freire al sur del Biobío.
1. Carácter alarmante que toma la guerra del sur: derrotas de las fuerzas patriotas en Yumbel i en el Pangal.
1. La salida de la expedición libertadora del Perú, parecia marcar el principio de una nueva era en la vida política, civil e industrial de la naciente República de Chile. Así, al ménos, lo creyeron entónces el gobierno i el pueblo, persuadidos de que la independencia nacional quedaba definitivamente asentada, i de que iba a

llegar a su término aquel largo período de angustias i de sacrificios creados por la prolongacion de la guerra. Era creencia jeneral que ántes de muchos meses se formaria en Lima, bajo el amparo de las armas espedicionarias, un gobierno regular, i que contando éste con recursos públicos inmensamente superiores a los de Chile, podria sostener sin el menor inconveniente el ejército i la escuadra que llevaban a ese pais la libertad i la independencia. Desembarazado de esos gastos, Chile podria consagrar sus entradas a la satisfaccion de otras necesidades, al paso que la libertad comercial i la reapertura del tráfico con el Perú, debian aumentar sus recursos fiscales i desarrollar la riqueza pública. Estas esperanzas, que, sin embargo, habian de tardar algunos años en verse realizadas, mantenian la satisfaccion i el contento en e pueblo chileno.

Las fuerzas enemigas que quedaban en el sur de Chile, es decir, las bandas de Benavídes al otro lado del Biobío, i las tropas que defendian a Chiloé, no inspiraban serios temores. El director supremo creia que las operaciones activas que pensaba abrir en el verano próximo, producirian la pacificacion completa de la provincia de Concepcion, i el sometimiento de aquel archipiélago al dominio de la República. Vamos a ver cómo una serie de accidentes tan imprevistos como fatales vino a desvanecer esas ilusiones, a producir una profunda perturbacion, i hasta a comprometer la existencia de Chile como estado independiente. «Mientras que V. E., escribia el ministro de la guerra al jeneral San Martín, surcando las aguas del Pacífico conducia el valiente ejército de su mando a las costas del Perú para derramar entre sus oprimidos moradores el nunca bien apreciado dón de la libertad, una guerra espantosa se preparaba en los confines del sur de esta República, sin otro objeto que consumir el esterminio de la hermosa provincia de Concepcion. Este imprevisto incidente sorprendió al pueblo i al gobierno, tanto mas cuanto que por las últimas noticias que se tenian de la frontera, se podia suponer a los enemigos en una estrema impotencia (1).»

Esa confianza, sin embargo, era el resultado del mal servicio de espionaje que mantenian los jefes patriotas. Al paso que Benavídes i sus

(1) Oficio del ministro de la guerra, don José Ignacio Zenteno, al jeneral San Martín. Santiago, 28 de noviembre de 1820. Es una relacion sumaria, pero perfectamente clara de los acontecimientos de la frontera en los dos meses anteriores, que vamos a utilizar en las páginas siguientes.

consejeros tenían al norte del Biobío agentes numerosos i seguros que les comunicaban cualquiera ocurrencia de que podían sacar ventajas las bandas realistas, Freire en Concepcion i Alcázar en los Ángeles, recibían de tarde en tarde informes de lo que pasaba al sur de ese río, i muchas veces esos informes eran maliciosos, preparados artificiosamente en el mismo campo enemigo, i destinados a producir la perturbacion i el engaño. A pesar de todo, a fines de junio el comandante don Juan de Dios Rivera, intendente interino de Concepcion, supo que el caudillo realista Pico había regresado del Perú, trayendo algunos recursos para las tropas de Benavides (2). El alborozo que produjo ese acontecimiento en Arauco i sus contornos, i las dilijencias que allí se hacían para enrolar jente i formar nuevos cuerpos, no podían ser tan secretos que no se tuviera alguna noticia de ellos en Concepcion; pero el enemigo se dió trazas para esparcir la noticia de que esos aprestos tenían por objeto preparar una espedicion destinada a recuperar la plaza de Valdivia, empresa difícil i casi irrealizable por la gran distancia i por las condiciones del territorio que aquella habría tenido que recorrer. En esos días, por otra parte, se presentó en la plaza de los Ángeles primero, i despues en Concepcion, don Agustín Aldea, orijinario de los Ángeles i hombre de cierta cultura intelectual, que andaba entre los realistas, i que venía ahora del campo enemigo dándose por agente de algunos oficiales superiores del ejército de Benavides, que se ofrecían a abandonar el servicio de éste si se les aseguraban garantías para sus personas. El resultado de aquélla dilijencia, que seguramente era una simple intriga, fué el hacer creer a los jefes patriotas en el posible establecimiento de la tranquilidad en la frontera por los medios pacíficos, i el mantenerlos en cierto modo engañados sobre los planes i aprestos del enemigo (3).

(2) Oficio de Rivera al ministerio de la guerra, de 28 de junio de 1820. Véase el § 7, cap. XVIII de la parte anterior.

(3) Don Agustín Aldea era primo hermano del ministro de O'Higgins don José Antonio Rodríguez Aldea. Con la proteccion de éste, había hecho en Lima algunos estudios de leyes; i al regresar a Chile en los primeros días de 1817, se vió, segun aseguraba mas tarde, contra sus sentimientos personales, forzado por sujeciones de su padre, a adherirse a la causa realista. Al lado de éste, siguió al territorio araucano la numerosa emigracion que acompañaba al coronel Sanchez en su retirada de principios de 1819, i quedó en el campo de Benavides. Usando un pasaporte que le dió este caudillo, Aldea pasó a los Ángeles en julio de 1820 i de allí a Concepcion, a pretexto de que quería trasladarse a Santiago por el primer buque que saliese para Valparaíso. No puso, sin embargo, mucho empeño en realizar este viaje; i por el

Mientras tanto, se hacia sentir una grande actividad militar en el campo de éste. En diversos puntos de las inmediaciones del Biobío se reunian empeñosamente maderas para construir balsas en que trasportar las tropas a la primera señal. El ejército realista, mucho mejor organizado, i tambien mejor equipado con las armas enviadas del Perú, llegó a contar cerca de mil setecientos hombres, divididos casi por mitad entre infantes i jinetes. Los frailes misioneros i los curas que servian de capellanes militares o de consejeros de Benavides, escitaban el valor de esos soldados, por medio de pláticas relijiosas en que se les enseñaba que la causa del rei era tambien la causa de Dios. A principios de setiembre, se dieron misiones especiales en el campamento, en que los oficiales i la tropa se prepararon con la confesion i la comu-

contrario, se ofreció para regresar al campo enemigo a fin de desengañar a algunos de los comandantes i capitanes que servian bajo las órdenes de Benavides, demostrándoles que la causa del rei estaba perdida para siempre. Aldea anunciaba que Bocardo i otros jefes realistas estaban deseosos de pasarse a los patriotas, i que para efectuarlo, esperaban solo que les prometieran que no serian molestados por su conducta anterior. Cuando se le dieron todas las seguridades necesarias a este respecto, Aldea volvió a juntarse a los realistas, i no se supo mas del resultado de la comision que se habia ofrecido a desempeñar. En la correspondencia cambiada en esos dias entre Freire i Alcázar, hai algunas noticias de estos hechos; pero existe ademas una esposicion de ellos que es útil para la historia, i de que vamos a dar noticia.

Don Agustín Aldea acompañó a Benavides en toda la campaña de 1820, i cayó prisionero de los patriotas despues que éstos recuperaron a Concepcion. Remitido a Santiago, i amparado aquí por su primo el ministro Rodriguez, no solo obtuvo la libertad, sino que se le hizo figurar en la convencion constituyente de 1822 como representante de los Ánjeles. Esta inesperada elevacion suscitó en contra suya una gran animadversion, i acarreó no poco desprestijio al gobierno. En 1823, despues de la caída de O'Higgins, cuando se hacian en diversas publicaciones las mas tremendas acusaciones a la administracion de éste i a su ministro Rodriguez, se habló tambien de Aldea en términos denigrantes, recordando sus antecedentes, reprochándole el haber servido en las bandas de Benavides, i atribuyéndole el haber tomado parte principal en el incendio de poblaciones i en otras atrocidades. Aldea se creyó en el deber de defenderse, i publicó un opúsculo de 19 pájinas, titulado *La inocencia vindicada*, i escrito probablemente por Rodriguez. En él refiere con claridad los hechos que creía conducentes a su justificacion, i si bien ésta no queda perfectamente establecida, consigna noticias utilizables para la historia. Cuenta allí con detenimiento el incidente que recordamos en el testo; pero a pesar de su empeño, no deja en manera alguna demostrado que su viaje a los Ánjeles i a Concepcion antes de abrirse la campaña de 1820, no fuera una intriga preparada para engañar a los jefes patriotas, para descubrir el estado de las tropas i de los recursos de éstos, i para adormecerlos en la confianza de que el enemigo no se hallaba en situacion de emprender una campaña resuelta i eficaz.

nion para entrar en campaña. Pocos días despues, las fuerzas de caballería, mandadas por Pico, se acercaban cautelosamente al Biobío, al mismo tiempo que partían numerosos emisarios para comunicar a los jefes de montoneras que operaban en la montaña de Chillan i en toda la rejion vecina al rio Itata, la órden de renovar las hostilidades con mayor empeño. Se queria llamar la atencion de los patriotas por todos lados a la vez, para facilitar las operaciones mas decisivas que iba a emprender el grueso del ejército realista.

La proyectada invasion se llevó a cabo con una regularidad que casi no debia esperarse de las condiciones de esas tropas, i produjo los mas tremendos resultados. El 18 de setiembre, pasaba Pico el Biobío por Monterrei, a la cabeza de unos cuatrocientos jinetes de su rejimiento de dragones, i de un reducido número de indios auxiliares. Sin encontrar resistencia de ninguna especie, i siguiendo su marcha al norte para ocupar la plaza de Yumbel, acampaba la tarde siguiente en el caserío de la hacienda de San Cristóbal. Nada esplica mejor el estado de despoblacion i de abandono en que se hallaban esos campos, que el hecho de que este movimiento quedara ignorado de los patriotas durante dos largos dias. En la mañana del 20 de setiembre, el comandante don Benjamin Viel, que saliendo de Chillan con su escuadron de granaderos a caballo, para reunirse en Rere con las fuerzas del comandante O'Carrol, habia pasado la noche anterior en Yumbel, se encontró casi de improviso, a corta distancia de este pueblo, con las avanzadas de Pico, i consiguió dispersarlas, apoderándose de una carga de equipaje, que contenia papeles mui importantes sobre los planes del enemigo. Pero su escuadron, atacado por fuerzas mui superiores en número, fué batido en poco rato, perdió algunos hombres i se vió forzado a retirarse a Rere en desórden i casi en completa dispersion. Como de costumbre, los realistas celebraron este triunfo fusilando a los prisioneros i a algunos de los habitantes de Yumbel. Viel i O'Carrol, cuyas fuerzas reunidas apénas pasaban de trescientos hombres, no podian hacer otra cosa que mantenerse a la defensiva, esperando los refuerzos pedidos a Concepcion.

Inmediatamente se hizo sentir una alarma indescriptible en toda la comarca. El coronel Freire, impuesto vagamente en la tarde del 20 de setiembre del desastre sufrido pocas horas ántes en Yumbel, conoció sin embargo por los papeles tomados al enemigo, la gravedad del peligro que amenazaba a la provincia entera. Tenia bajo su mando fuerzas suficientes para batir a Pico; i nada parecia mas práctico que marchar con ellas a rechazar la invasion, para poner a salvo la plaza de los

Ánjeles i toda la alta frontera de que queria adueñarse el enemigo. Esa operacion, sin embargo, podia crear mayores complicaciones i producir tal vez un desastre mas trascendental. Segun los informes recibidos, Benavides se mantenía al sur del Biobío con fuerzas relativamente considerables, i solo esperaba un momento propicio para atravesar este rio por Pileo i caer sobre Concepcion, de que se habria apoderado fácilmente. En presencia de este peligro, Freire se limitó a tomar otras disposiciones mucho ménos eficaces, sin duda, pero que podían remediar de algun modo esa azarosa situacion. En la misma noche hizo partir al comandante don José María de la Cruz con ochenta i cuatro cazadores montados i con caballos de repuesto, para reforzar la columna de O'Carrol. La guarnicion de Hualqui, compuesta de cuarenta cazadores, de otros tantos infantes i de dos cañones, todo al mando del capitán don Luis Rios, marcharia tambien a reunirse a aquellas tropas. Freire creía que éstas bastaban para batir al enemigo; i como la plaza de los Ánjeles podia verse atacada por fuerzas a que no le seria dado resistir, despachó uno en pos de otro, dos propios al mariscal Alcázar, para recomendarle que, llegado ese caso, se replegase con todas sus tropas a Chillan, tratando de reunirse en su marcha con la columna de O'Carrol.

Estas disposiciones no eran precisamente desacordadas; pero por un conjunto fatal de accidentes, iban a producir una terrible catástrofe. La columna patriota reunida en Rere i sus contornos, llegó a contar en la mañana del 21 de setiembre cerca de quinientos hombres; pero tenia dos jefes de igual graduacion, O'Carrol i Viel; i como Freire hubiera olvidado resolver a cuál de ellos correspondia el mando, se orijinó entre ámbos una enojosa competencia, que si bien, por decision de los demas oficiales, se decidió en favor del primero, introdujo un lamentable desacuerdo en la direccion de las operaciones. Despues de dos dias enteros de fatigosa marcha, en que era preciso arrastrar con bueyes los cañones que llevaba, la columna fué a acampar el 22 de setiembre, casi a media noche, a las orillas del pajonal del Manzano, al oriente de Yumbel, sin haber divisado al enemigo. Pico, sin embargo, se hallaba a esas horas acampado a corta distancia. Deseando evitar todo combate desventajoso, se habia dirijido hácia la montaña, por la banda norte del Laja, i a corta distancia de este rio, para facilitar la reunion de las bandas que Bocardo i otros cabecillas debían traer en su socorro. Desde la madrugada siguiente, 23 de setiembre, los dos cuerpos contendientes estuvieron a la vista, i la vanguardia de O'Carrol comenzó a tirotear al enemigo. Éste, sin embargo, siguió cautelosa-

mente su retirada hasta muy cerca del sitio denominado el Pangal. Allí se le reunieron unos trescientos hombres entre soldados fusileros e indios de lanza que llegaban en su auxilio, i desde ese momento, la superioridad numérica estaba de su parte.

Confiado en esta ventaja, Pico detuvo su marcha, formó sus tropas en una doble fila, i esperó el combate. La columna de O'Carrol lo aceptó tambien, acercándose al enemigo i tendiendo sus tropas en una larga línea, que por esto mismo no ofrecia una gran solidez. «A la distancia de media cuadra, dice un testigo presencial que servia en las filas patriotas, nuestra division hizo dos descargas de tercerola i de cañon.» Los enemigos las recibieron a pié firme; i aprovechando la humareda que envolvía a la línea contraria, cayeron sobre ella con un ímpetu irresistible, la rompieron en varios puntos e introdujeron una confusion espantosa. La resistencia se hizo imposible despues de ese primer ataque. Los infantes i los artilleros patriotas fueron envueltos fácilmente, i casi todos perecieron ensartados por las lanzas de los indios. En medio de aquel horrible desorden, algunos piquetes de tropa cedieron el campo, i empezaron a retirarse atropelladamente, dando oríjen a una dispersion casi jeneral. Los montoneros realistas, armados de lazos, atajaban a los dispersos, que eran sacrificados sin piedad. El comandante O'Carrol, que habia conservado su entereza en medio del desastre, i que se empeñaba en reunir los dispersos para seguir en la pelea, fué cojido por un lazo i llevado prisionero a la presencia de Pico, que hizo fusilarlo pocos momentos despues. Antes de media hora la columna patriota habia sido completamente destrozada, i los oficiales i soldados patriotas, que salvaron de la matanza en número de doscientos hombres escasos, corrian desordenados i dispersos unos a Chillan i otros a Yumbel i a Rere, dejando al enemigo dueño del campo i ensoberbecido con aquella victoria. La noticia de este desastre se estendió rápidamente en toda la comarca, i llegaba a Concepcion en la misma noche, haciendo presentir la gran catástrofe que amenazaba a toda la provincia (4).

(4) Freire recibió la noticia del desastre del Pangal a las doce de la noche del mismo día 23 de setiembre, por un parte dado por el teniente gobernador de Rere, don Gregorio José Tejeda, que fujitivo del combate, habia llegado a ese pueblo a las cuatro de la tarde. Ese parte, aunque sumario i desordenado, constituye la relacion mas auténtica i razonada de aquel doloroso acontecimiento, si bien en ella no se habla del fusilamiento de O'Carrol i de otras circunstancias que Tejeda no-presenció. Entre mis papeles i apuntes sobre aquella guerra, conservo dos rela-

2. Combate de Tarpellanca: horrible matanza que se siguió al triunfo de los realistas.

2. Benavides, entre tanto, se preparaba para entrar en campaña con el resto de sus tropas. Impuesto por sus espías de que Freire permanecía en Concepcion con la mayor parte de su ejército, aceleró sus marchas a fin de reunirse con Pico para adueñarse de toda la alta frontera, i el mismo dia 23 de setiembre llegaba a las orillas del Biobío, en frente del sitio denominado Tanaguillin, donde se habian reunido las balsas i lanchas que tenia preparadas. Al saber allí el desastre de la caballería patriota, pasó el rio en la mañana siguiente; i el 25 de setiembre llegaba a la hacienda de San Cristóbal, donde se habia situado la columna de vanguardia despues de sus reciente victoria. El ejército realista llegó a contar cerca de dos mil cuatrocientos hombres entre tropas ordenadas, montoneros e indios auxiliares. En medio de las efusiones de júbilo que esos sucesos producian en todos los ánimos, haciéndoles esperar la próxima restauracion de la provincia entera de Concepcion, Benavides, usando de los poderes que le habia conferido el virrei del Perú, confirió algunos ascensos i elevó a Pico al rango de teniente coronel del ejército del rei. Allí mismo se continuaron con todo vigor las operaciones militares, para caer sin tardanza sobre la plaza de los Ángeles, que no podia oponer una larga resistencia.

El mariscal Alcázar, comandante en jefe de toda el alta frontera, se hallaba, en efecto, en una situacion que podia considerarse desesperada. En los Ángeles no tenia mas fuerzas que el batallon de cazadores de Coquimbo con 330 hombres, cuarenta o cincuenta artilleros i cien o doscientos indios de Angol i de Santa Fe que servian de auxiliares. Esas fuerzas, incapaces de batirse con el ejército enemigo, habrian podido tal vez resistirle algunos dias dentro de la plaza, mientras les llegaban socorros. Pero las órdenes de Freire de que hemos hablado ántes, vinieron a imprimir otro rumbo a las operaciones, i a precipitar, contra toda prevision, un terrible desastre (5).

ciones orijinales escritas en 1857 por los jenerales don José María de la Cruz i don Benjamin Viel, que asistieron a aquel combate en el rango de jefes de escuadron. Aunque hai entre ámbas contradicciones en algunos accidentes i pormenores, que revelan fragilidad en los recuerdos, me han sido útiles para estudiar i esclarecer estos hechos.

(5) Cuando don Claudio Gay recojia diligentemente documentos i noticias tradicionales para escribir su *Historia política de Chile*, se le contó en los Ángeles que la orden que Alcázar recibió de evacuar de esa plaza, no habia sido dada por Freire, sino que era una finjida comunicacion de ese jeneral, falsificada en el campamento de Benaví-

Convencido de que por su reducido número i por la escasez de sus recursos, la guarnicion de los Ángeles no podia resistir a un sitio regularmente sostenido, Freire mandaba que ésta se retirase a Chillan. Aquella orden habia sido dada ántes que ocurriese el último desastre de la caballería patriota, i cuando se creia que ésta, en cumplimiento de su encargo, debia reunirse a las fuerzas de Alcázar i acilitar esa retirada. La comunicacion de Freire, sin embargo, llegó a los Ángeles el 24 de setiembre; i como allí no se tuviera noticia alguna de los últimos acontecimientos, Alcázar, con acuerdo del mayor número de los oficiales que servian a sus órdenes, dispuso los aprestos de marcha. Una angustia terrible se apoderó de aquella desgraciada poblacion. Despues de cerca de dos años de guerra implacable, de privaciones i de miserias, se veía amenazada por la rapacidad i por la saña de un enemigo que marcaba su camino con el degüello, el saqueo i el incendio. Todas las familias que se habian mostrado afectas a la causa de la patria, se prepararon para seguir a las tropas, llevando consigo los objetos que creian poder salvar. Solo se hallaron seis carretas disponibles para cargar los enfermos i los bagajes militares. Faltaban bestias de carga i eran mui escasos los caballos; pero nada podia detener aquella dolorosa emigracion, producida por el terror que inspiraba la ferocidad de los montoneros realistas i de los indios.

En la mañana del 25 de setiembre se rompió la marcha. Las tropas, en número mui reducido, como ya dijimos, iban rodeadas de mas de mil paisanos de diversas condiciones, hombres i mujeres, viejos i niños, que caminaban a pié, i seguidos de una columna de indios auxiliares. Alcázar, con la esperanza sin duda de reunirse a la columna de O'Carrol, que suponía en Yumbel, o tal vez de acercarse algo mas a Concepcion para encontrar las tropas de la division de Freire, se dirijia a las orillas

des; i que todos los oficiales, con escepcion del comandante don Gaspar Ruiz, que manifestó alguna sospecha, se dejaron engañar por esa falsificacion de firmas. Gay aceptó esta tradicion en su libro (tomo VI, p. 411), i ha sido repetida por don Benjamín Vicuña Mackenna en *La guerra a muerte*, p. 198. Sin embargo, esa tradicion es completamente desautorizada. El mismo Freire, en una comunicacion al director supremo de 30 de setiembre, le decia que al saber los primeros contrastes ocurridos en el alta frontera, habia despachado dos órdenes a Alcázar para que evacuase la plaza de los Ángeles i se retirase a Chillan. El ministro Zenteno, en la importante relacion de esos acontecimientos transmitida a San Martin, que hemos citado al principio de este capítulo, confirma el mismo hecho. Además de esto, el comandante Cruz, en la relacion recordada en la nota anterior, dice que despues del desastre del Pangal, envió a Alcázar una comunicacion en el mismo sentido.

del río Laja para cruzarlo por el paso de Tarpellanca. A pesar de los sufrimientos impuestos por el cansancio i por la escasez de provisiones, la marcha fué relativamente feliz el primer día. Por ninguna parte se encontraba vestijio alguno de la presencia o proximidad del enemigo. En las primeras horas de la mañana del 26 de setiembre, aquella columna estuvo a la vista de Tarpellanca. El río se ensancha allí dividiendo sus aguas en dos ramas, en medio de las cuales existe una isleta. Las tropas de Alcázar, i la turba de jente que las seguian, habian pasado el primer brazo del río, i se preparaban a pasar el segundo, cuando vieron llegar i estenderse en grupos en la ribera del norte todo el ejército de Benavídes. Impuesto éste en esa misma mañana del movimiento de Alcázar, habia acudido presuroso a cerrarle el paso, seguro de obtener una victoria inevitable en un combate en campo abierto.

Vista la abrumadora desproporcion numérica que habia entre las fuerzas que estaban una enfrente de otra, parecia insensato todo proyecto de resistencia de parte de los patriotas. En la isleta que éstos ocupaban, no podian ser atacados por la caballería enemiga, lo que ya era una ventaja; pero sus municiones i sus víveres eran escasos, i su falta debía reducirlos a una situacion desesperada si se veian bloqueados durante algunos dias. El viejo mariscal Alcázar, sin embargo, con una resolucion i una actividad dignas de sus mejores años, se preparó para el combate. Con los bagajes i las monturas de sus jinetes, formó parapetos provisorios para los fusileros. Hombres i mujeres mostraron desde el primer momento una decision heroica. «Serian las dos de la tarde cuando comenzó el fuego, dice un oficial que servia en el rango de subteniente en el ejército realista, tan bien dirigido de parte de los soldados de Alcázar que a pesar de que tenian que resistir a mas de dos mil seiscientos de esceso, no fué posible romperlos en toda aquella tarde. Llegada la noche, se retiró mi cuerpo al mando del comandante Bocardo, por la orilla del río hácia arriba, tomando una situacion como cuadra i media distante de la posicion de Alcázar, i Benavídes tomó las medidas de repartir la demas jente en los puntos que juzgó convenientes para que el jeneral Alcázar no se salvase, auxiliado por la oscuridad (6).» El combate debia continuarse el día siguiente.

Pero las municiones de los patriotas estaban para agotarse; i la evidencia de la inutilidad de esa lucha que debía llevarlos a un desastre inevitable, habia introducido el desaliento en algunos corazones. Antes de comenzar el combate, el comandante don Isaac Thompson se habia

(6) Aldea, *La inocencia vindicada*, páj. 13.

separado de su cuerpo, i siguiendo en su caballo por las orillas del río en el sentido de su corriente, se habia dirijido a Concepcion. Un vecino de los Ángeles llamado don José Antonio Pando, que seguia a las tropas de Alcázar, temiendo los horrores que habian de seguirse a la victoria de Benavídes, pasó en la noche al campo de éste, le dió a conocer la desesperada situacion de los patriotas, i le demostró que Alcázar no podia negarse a deponer las armas si se le ofrecia una capitulacion razonable. El caudillo realista aceptó este partido, i en la misma noche despachó a uno de sus oficiales de mas confianza, el comandante de milicias don Felipe Díaz de Lavandero, en desempeño de aquel delicado encargo. No fué necesaria una larga discusion para arribar a un convenio, cuyos términos no nos son conocidos sino por el testimonio de los contemporáneos, porque si se levantó una acta de la capitulacion, ella debió ser destruída por Benavídes para ocultar una criminal perfidia. «Supe de buen oríjen, dice el oficial realista mas arriba citado, que el jeneral Alcázar ofreció entregarse bajo las condiciones siguientes: que a él se le daría pasaporte para Santiago, permitiéndole traer su equipaje; que sus oficiales quedarían prisioneros de guerra; que los soldados serian agregados a las filas de Benavídes; i que a las familias i a los indios que venían al amparo de las armas patriotas, se les otorgarían las vidas i se respetarían sus intereses, todo lo cual prometió Benavídes respetar religiosamente (7).» Refirióse entónces que el comandante don Gaspar Ruiz, segundo de Alcázar en el mando de esa columna, resistió cuanto pudo que se celebrase cualquiera capitulacion, sosteniendo con profundo convencimiento que ella seria violada por el enemigo; que propuso abrirse paso a filo de espada por sobre las tropas de éste, i que Alcázar rechazó ese plan, nó por el peligro que envolvia su realizacion, sino porque previó la segura inmolacion de la numerosa turba de jente, de hombres, de mujeres i de niños, que acompañaba a sus tropas.

En la mañana siguiente (27 de setiembre), se efectuó el desarme de los oficiales patriotas i la incorporacion de los soldados al ejército realista. Ejecutábase todo esto con gran regularidad, en medio del contento de los vencedores i de una profunda tristeza de los vencidos. Nada, sin embargo, dejaba sospechar en los primeros momentos que la capitulacion seria violada; «mas bien pronto comenzaron a experimentar aquellos infelices el error que habian cometido; pero despertaron

(7) Aldea, *La inocencia vindicada*, p. 14.—Es posible que estas bases de capitulacion no fuesen literalmente las mismas que se estipularon; pero todos los testimonios contemporáneos estan de acuerdo en que ese era su espíritu.

de su engaño cuando ya era demasiado tarde. Los indios de Benavides comenzaron luego a manifestar su ferocidad haciendo perecer al rigor de sus lanzas a los de Santa Fe i Angol. Las familias fueron saqueadas, dejándolas en el estado mas lamentable (8).» El mismo dia, trasladó Benavides su campamento a San Cristóbal, llevando consigo todos los prisioneros; i despues de una noche de descanso, los hizo partir el 28 de setiembre con una numerosa escolta de soldados i de indios, a pretexto de conducirlos al cuartel jeneral de Arauco. Hizo en seguida «juntar paisanos que tenian algun compromiso, dice el oficial realista ántes citado, i allí cerca de la casa en que estaba alojado, los hizo desaparecer. Esto lo estuve yo presenciando sentado sobre mi montura, aunque no vi ni supe que los habian reunido para este efecto.»

Esta matanza no era mas que una parte de los horrores que se siguieron a la victoria de los realistas. Esa misma mañana del 28 de setiembre, todos los prisioneros que habian sido alejados del campamento haciéndoles entender que se les enviaba a Arauco, fueron detenidos en las cercanías de Yumbel, i sacrificados inhumanamente a bala i lanza por la escolta que los custodiaba. Perecieron de esta manera el jeneral Alcázar, el comandante Ruiz, diez i siete oficiales del batallon de cazadores de Coquimbo i cuatro o cinco capitanes de milicias (9). Contóse entónces que los asesinos habian usado particular crueldad con Alcázar i con Ruiz, cuya edad avanzada debió inspirar alguna compasion. Se les obligó a presenciar la muerte de sus compañeros, i atándolos en seguida sobre sus respectivos caballos, se les entregó a las burlas i ultrajes de los indios, que despues de atormentarlos largo rato, los acribillaron a lanzadas. «Me vi precisado a mandar pasar por las armas dichos oficiales, decia Benavides refiriendo estos hechos, por no tener un punto en que asegurarlos, i hallarse a la vista de su misma tropa, de quien te-

(8) Aldea, lugar citado.

(9) Los oficiales del batallon de Coquimbo sacrificados de esta manera, fueron los capitanes don Rudesindo Flores (M.), don Mariano Reides (M.), don José Silvestre Aros (M.), don José Miguel Gomez, ayudante don José Tomas Uribe (M), tenientes don Francisco Darac (M.), don Santiago Rios i Canto (M.), don Manuel Rios i Canto (M.), don Juan José Caballero (M.), don Domingo Orrego, don Anjel Melo, don Nicolas Benavides, subtenientes don Pablo Villanueva, don Pascual Rios, don Juan José Figueroa, don Pascual Cantuarias, abanderados don Fernando Romero i don José Dolores Ramirez. Aquellos que llevan una (M.) despues de su apellido, servian en este cuerpo desde 1817, i llevaban la medalla concedida a los vencedores de Maipo. Los demas se habian incorporado en este cuerpo despues de esa batalla.

mía con fundamento una sublevacion que trastornase mis proyectos estando todavía en un movimiento continuo para atacar las partidas enemigas que se iban reuniendo en varios puntos; agregándose a todas estas circunstancias el que entre los oficiales prisioneros se hallaban los coroneles Andres Alcázar (era jeneral a la sazón) i Gaspar Ruiz (era sarjento mayor), quienes habian sido capitanes por el rei, i habian tomado partido con los enemigos, i eran los principales revolucionarios de la provincia (10).» Benavides daba todavía otras dos razones para justificar su conducta respecto de los prisioneros de Tarpellanca: la necesidad de satisfacer las exigencias de los indios auxiliares que pedían la cabeza de aquellos dos jefes, i la no ménos imperiosa de responder por tales actos a la declaracion de guerra a muerte que habia hecho el enemigo. Aquel desalmado, que dirijia esas empresas de horrores i de devastacion, que en ningun caso podian llevar al triunfo efectivo de las armas del rei; que habia iniciado la lucha matando a un parlamentario i a los que lo acompañaban, i que ahora violaba una capitulacion decretando nuevas i mas horribles matanzas, no tiene justificacion posible, como no la tienen los hombres perversos que le servian de consejeros.

3. Freire se replega a Talcahuano con todas sus fuerzas, i Benavides ocupa a Concepcion considerándose dueño de toda la provincia.

3. El intendente Freire pasaba en Concepcion dias de la mas terrible ansiedad. Habia creído al principio que la columna de caballería puesta bajo las órdenes de O'Carrol, bastaba para contener la invasion del enemigo; que ella lograria reunirse con las fuerzas que Alcázar sacase de los Ángeles, i que en el peor

de los casos, todas las tropas que defendian la alta frontera, se reconcentrarian en Chillan. En la noche del 23 de setiembre tuvo noticia del desastre del Pangal, ocurrido esa misma mañana, i desde entónces fué mayor su inquietud. Previendo desde luego la suerte que esperaba a la guarnicion de los Ángeles, Freire creyó que toda la provincia de su mando estaba en inminente peligro de caer en manos del enemigo; i el 26 de setiembre, dando cuenta de estas ocurrencias al director supremo en carta confidencial, le pedía que sin tardanza reuniera todas las tropas que se hallaban en la capital, que se pusiera a la cabeza de ellas, i que acudiera a la línea del Maule, a donde él mismo pensaba replegarse. En esa misma comunicacion pedía empeñosamente que se enviaran algunos buques a Talcahuano para recojer las familias que

(10) Oficio de Benavides al virrei del Perú, escrito en Concepcion el 12 de noviembre de 1820.